

Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo

Rafael Cruz

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En este texto se analizan las prácticas de violencia colectiva llevadas a cabo por agentes armados en las zonas conquistadas por los rebeldes a partir de julio de 1936. No se defiende un enfoque idealista o estructural de la violencia, al no centrar la argumentación en las intenciones previas o en la ideología de los agentes de la limpieza política. Lo que en realidad influyó en las decisiones para matar de forma generalizada fue la eliminación de los resortes de la ley republicana al derrumbarse el Estado en los territorios conquistados por los rebeldes en una secuencia revolucionaria, de una rebelión militar y el desencadenamiento de una guerra. Se generaron procesos de incertidumbre, polarización, competencia y movilización políticas, así como de dispersión o descoordinación del poder, que alimentaron la posibilidad de políticas crueles, represalias, ajustes de cuentas, represiones ejemplares y masacres. En ese contexto revolucionario y bélico debe incluirse un proceso de carácter cultural consistente en la identificación del enemigo desde una triple perspectiva, según su orientación fuera hacia el pasado, el presente o el futuro.

Palabras clave: violencia colectiva, limpieza política, campañas de aniquilación, proceso político, consideración del enemigo.

Abstract: This text analyzes the practices of collective violence by armed officers in the areas conquered by the rebels since July 1936. An idealistic or structural approach of the violence is not defended, when not centering the argumentation in the previous intentions or the ideology of the agents of the political cleansing. The elimination of the means of the republican law was, in fact, what influenced on the decisions to kill in a generalized manner, when collapsing the State in the territories conquered by the rebels in a revolutionary sequence, of a military rebellion and the outbreak

of a war. Processes of political uncertainty, polarization, competition and mobilization were generated, as well as of dispersion or lack of coordination of the power that fed the possibility on cruel policies, retaliation, settling of scores, exemplary repressions and massacres. In that revolutionary and warlike context a process of cultural character consisting in the identification of the enemy from a perspective triple must be included, according to its direction towards the past, the present or the future.

Key words: collective violence, political cleansing, aniquilation campaigns, political process, identification of the enemy.

«Los malvados marxistas. ¡Muera la canalla! (...)
Cordobeses, que sois amantes de San Rafael;
cordobeses, devotos de la Virgen de la Fuensanta,
declarad guerra a muerte a los laicos,
a los masones, a sus hijuelas y a todos sus adeptos...»¹.

En el Archivo del Tribunal Territorial de La Coruña consta que una persona fue interrogada a finales de agosto de 1936 sobre el paradero de unos individuos refugiados en el monte después de haber resistido con armas la rebelión militar del 20 de julio en la ciudad. Al trasladar al detenido hacia aquellos parajes a las cuatro de la madrugada y «convenientemente esposado», el declarante afirmó que el preso se dio a la fuga y la fuerza, después de darle el alto, disparó contra él. De resultas, el detenido cayó muerto a doscientos metros del lugar del que se fugó y después de haber saltado dos muros que había en el monte, que se conocía como Monte da Costa².

La muerte de paisanos a través de la llamada ley de fugas fue una de las prácticas de violencia colectiva realizada por agentes armados en las zonas conquistadas por los rebeldes a partir de julio de 1936. La violencia colectiva forma parte de los enfrentamientos sociales y políticos y no debe estudiarse como una anomalía o como consecuencia de

¹ MORENO GÓMEZ, F.: *La guerra civil en Córdoba (1936-1939)*, Madrid, Editorial Alpuerto, 1985, p. 461. Este texto constituye una versión diferente a la publicada en CRUZ, R.: «Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936», en GÁLVEZ, S. (coord.): *Generaciones y memoria de la represión franquista. Un balance de los movimientos por la memoria*, Dossier monográfico en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007), UCM, Madrid [<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier>]; texto reproducido también en CRUZ, R.: *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS, 2008.

² Causa 198/37, reproducido en GRANDÍO, E.: *Años de odio. Golpe, represión e guerra civil na provincia da Coruña*, A Coruña, Deputación da Coruña, 2007, p. 170.

situaciones esporádicas que requieren un análisis diferente. Tampoco sería conveniente entender la violencia por la específica propensión de algún tipo de personas a perpetrar actos de ese carácter, sino como producto de las relaciones sociales, de la misma manera que sucede en los enfrentamientos sin violencia. Ambos tipos tienen su origen en una multitud de conflictos sociales inherentes a toda relación.

La violencia colectiva se produce también de forma habitual en las guerras entre Estados y en las guerras internas y, en ambos casos, se presenta de muy diferentes formas. A la violencia producida por los ejércitos en las batallas suelen sumarse otros tipos de violencia, como los fusilamientos de soldados enemigos «sobre el terreno», los bombardeos de ciudades, el asesinato de civiles en los territorios conquistados, el saqueo, las violaciones, las venganzas, el pillaje militar, las torturas, etcétera: diversos tipos de violencia cometidos por distintos agentes y contra diferentes clases de víctimas.

Limpieza política

Algunas de esas formas de violencia se integran en un conjunto que podría denominarse «limpieza política», un concepto preferible a otros como «limpieza étnica», «terror», «represión», «crímenes de guerra», «crímenes contra la humanidad», «barbarie», «masacres» o «genocidio», acuñado este último por Raphael Lemkin en 1944³.

La «limpieza política» puede ser definida como la dinámica de homogeneización política de la población de un territorio por medio del uso de la fuerza o la intimidación contra personas pertenecientes a grupos identificados como enemigos políticos. Es un concepto más amplio que el de «politicidio», al incluir la eliminación de cargos institucionales. La limpieza política se produce durante campañas de aniquilación, al indicar la persistencia de las agresiones y en las que el objeto de ataque no es una organización especializada en los medios de coerción⁴.

³ LEMKIN, R.: *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis of Government, Proposals for Redress*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1944. Definiciones de algunos de estos conceptos, en KALDOR, M.: *Las nuevas Guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001 [1999], pp. 49-51.

⁴ Limpieza política, en MANN, M.: *Fascists*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004, pp. 343-344. Campañas, en TILLY, Ch.: *The Politics of collective Violence*,

A pesar del carácter trágico, demoledor, decidido y constante, las campañas de limpieza política se producen, en general, sin planificar de antemano y sin una intención inicial de los agentes. Constituye más bien una especie de «Plan C», después de haber fallado un «Plan A», consistente en el ejercicio de una violencia más o menos rutinaria en el marco de un régimen político relativamente intacto; y haber fallado también un «Plan B», una versión más directa y radical de la violencia ejercida en el anterior, en el contexto de una ofensiva armada al margen de las leyes e instituciones de un régimen establecido⁵.

La violencia más o menos rutinaria se transforma en campañas de limpieza política en escalada, debido al desencadenamiento de crisis políticas desestabilizadoras de los Estados, como rebeliones, situaciones revolucionarias y guerras.

La limpieza política en las guerras

En el análisis de las campañas de aniquilación de la guerra española se echa de menos una comparación con la producida en otras guerras internas similares durante el siglo XX. Sin salir de Europa pueden mencionarse las guerras internas entabladas en Albania (1912-1913 y 1943-1944), Finlandia (1918), Rusia (1918-1920), Portugal (1919), Irlanda (1919-1923), España (1936-1939), Grecia (1944-1948), Yugoslavia (1941-1944, 1991-1996, 1999), Francia (1941-1944), Italia (1943-1945), Chipre (1955-1959, 1963-1964) y Chechenia (1994-1996 y 1999-?), algunas de ellas durante la ocupación del territorio por ejércitos de otros Estados.

En Finlandia se desencadenó una guerra interna entre febrero y mayo de 1918, prolongada durante el verano por el internamiento en campos de concentración de soldados enemigos. Hubo 36.000 muertos, el 1 por 100 de la población finesa, que puede compararse con el 2 por 100 de las víctimas mortales en la guerra de los Estados Unidos en 1861-1865. La limpieza política supuso la muerte de 1.600 soldados «blancos» y 8.400 «rojos», así como la de 13.500 «rojos» internados en campos de concentración.

Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 14-15 y 105. Politicidiod, en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *La violencia en la política*, Madrid, CSIC, 2003, p. 385.

⁵ Los planes, en MANN, M.: *The dark side of democracy explaining ethnic cleansing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 5-8.

Sin declararse la guerra de manera oficial, entre febrero de 1945 y febrero de 1946 se produjeron 2.000 asesinatos en Grecia perpetrados por grupos anticomunistas. En éstas, y en el resto de las experiencias europeas, existieron diversos ritmos y grados de magnitud, extensión, dispersión o centralización y diversidad de la limpieza política y de relación con los enfrentamientos pasados, presentes y futuros.

Mientras no se haga una comparación de algunas de estas experiencias europeas con la española de 1936 y, a través de ella, se realice una comprobación de las hipótesis expuestas desde hace años hasta hoy por la historiografía sobre la guerra española no se podrá avanzar de forma contundente en la comprensión de la limpieza política desencadenada en la Guerra de los Tres Años⁶.

En España, la Guerra de los Tres Años

Los episodios de enfrentamiento con violencia a pequeña escala desplegada con anterioridad al 17 de julio de 1936 fueron reemplazados por el ejercicio de la violencia colectiva a gran escala con el inicio de la guerra. La razón de ese cambio fue el derrumbe del Estado español, producto de la rebelión militar en una parte significativa del territorio, las insurrecciones urbanas relacionadas con las distintas iniciativas militares —a favor o en contra de la rebelión— y la distribución masiva de armas a grupos políticos y sindicales en ambos lados, ocurrida desde el mediodía del 19 de julio en el bando republicano y desde el 18 y 19 de julio en el bando rebelde.

El resultado de estos enfrentamientos —en esencia de carácter militar— fue la pérdida de las capacidades coercitivas en posesión exclusiva de un gobierno —el gobierno de la República dirigido por Santiago Casares Quiroga— hasta el 17 de julio, y su dispersión en múltiples grupos militares y civiles a lo largo del territorio. En los días de la rebelión militar y su resistencia se había producido *una situación revolucionaria*, es decir, un proceso político en el que dos o más bloques realizan una reclamación por el control exclusivo del Estado y

⁶ Comparaciones generales del desarrollo de las guerras, en CASANOVA, J.: «Civil Wars, Revolutions and Counterrevolutions in Finland, Spain, and Greece (1918-1949): A Comparative Analysis», en *International Journal of Politics, Culture and Society*, 13-3 (2000), pp. 515-537; y en MINEHAN, P.: *Civil War and World War In Europe. Spain, Yugoslavia, and Greece, 1936-1949*, Hampshire, Palgrave Macmillan, 2007.

reciben el apoyo de alguna parte importante de la población. Lo que no ocurrió fue *un resultado revolucionario*, es decir, ninguna transferencia completa de poder del Estado. Los sublevados no pudieron conquistar Madrid durante aquellos días, única forma de desplazar a los gobernantes anteriores y ocupar su puesto en el Estado. Las diversas iniciativas y respuestas militares de los días de julio provocaron un reparto del territorio⁷.

Y la situación revolucionaria permaneció intacta... durante tres años. En efecto, en poco más de una semana después de la inicial rebelión militar del 17 de julio en el norte de África, esa situación revolucionaria adoptará la forma de *una guerra interna*. Todos los contendientes anunciaron en los primeros días que iba a ser corta, pero la guerra se prolongó al intervenir diversos Estados europeos que proporcionaron ayuda militar y económica a ambos bandos, aunque de forma desequilibrada y muy ventajosa para el bando rebelde.

Entonces puede pensarse que buena parte de las características de la violencia rebelde en esos primeros meses de enfrentamiento a gran escala fue el resultado del propio proceso desencadenado, en primer lugar, por la rebelión militar iniciada el 17 de julio y, en segundo lugar, por el inicio de la guerra, algunos días más tarde.

Durante las tres legislaturas republicanas, diversos gobiernos ya habían aplicado diferentes políticas de exclusión. Entre ellas, destaca la desplegada contra los insurrectos y huelguistas de octubre de 1934, con la ilegalización de los partidos políticos participantes, la apertura de numerosos procesos judiciales, el encarcelamiento de miles de personas y algunas sentencias de muerte cumplidas y conmutadas. Pero ni esta experiencia ni ninguna otra —como las orientaciones del general Mola para extremar la violencia en los primeros momentos de la rebelión— prejuzga si, en el verano de 1936, se iba a matar de forma

⁷ Los conceptos de situación y resultado revolucionario como dos partes de una revolución política proceden de TILLY, Ch.: *Las revoluciones europeas. 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1992. El uso del término «revolución» en el análisis de Tilly y, por derivación, en este texto no implica que los protagonistas fueran «revolucionarios» o estuvieran haciendo «la revolución», una actitud política e ideológica que «chirría» al referirse a los rebeldes en la guerra de 1936. En su lugar, debe entenderse como una herramienta conceptual que sirve para definir un proceso político en el que no existe una sola autoridad estatal en un territorio, se produce la lucha por la existencia de un solo Estado y puede haber o no una transferencia del poder del Estado anterior a otro distinto, inexistente antes de empezar el proceso político revolucionario.

tan generalizada como a la postre ocurriera⁸. Tampoco existió una disposición especial propensa al aniquilamiento del adversario, como afirmó Azaña y resaltaron con posterioridad algunos de los valedores de la guerra fratricida, ya que si hubiera sido así el número de muertos habría sido mucho más alto y las campañas de aniquilación, más prolongadas e intensas.

Desde esta perspectiva contingente, y en esencia derivada del derrumbe del Estado por la rebelión militar, habría que explicar dos cosas: ¿por qué empiezan las campañas de limpieza política nada más comenzar la rebelión militar y la insurrección urbana consiguiente?; ¿por qué no sólo no se mantiene, sino que aumenta, el número de asesinatos tras el inicio de la guerra y durante el verano-otoño?

Aunque puedan existir otras variables y circunstancias tan decisivas, este texto se concentra en dos de ellas: en primer lugar, la que relaciona las campañas de aniquilación y el proceso político; en segundo lugar, la que vincula la limpieza con la consideración del enemigo por los agentes y observadores de las campañas. Sólo voy a analizar la limpieza política perpetrada en el campo rebelde y en el verano y otoño de 1936, periodo en el que se produce quizá más de la mitad aproximada del total de asesinatos durante la guerra en ese bando⁹.

Variable relacionada con el proceso político

La dinámica general que agrupa al conjunto de circunstancias bajo la condición de esta variable residió en la participación de agentes de

⁸ No puede hablarse, sin embargo, en términos absolutos. Puede situarse una secuencia de tres procesos que sirvieron de contexto para la realización y alcance de las campañas de aniquilación. El primero de ellos fue el de la preparación de la rebelión, durante las semanas anteriores al 17 de julio. Los conjurados pensaron en la neutralización de los adversarios, sobre todo, de los dirigentes militares y políticos. El segundo proceso fue el de la propia rebelión y su resistencia. En ese contexto, las campañas locales fueron muy rápidas y amplias, pero limitadas, si no se hubiera producido su continuación y desborde en el tercer proceso, el de inicio de una guerra, donde las campañas, sobre todo en los dos primeros meses, fueron constantes, decididas y de un alcance extraordinario. Si existen vínculos entre el primer y el segundo proceso, creo que existen menos entre el primero y el tercero.

⁹ Una síntesis interpretativa actualizada de la violencia en toda España durante la guerra y los primeros años de la victoria, en RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la Dictadura Franquista*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

la limpieza política en procesos políticos que influyeron o desempeñaron el papel de oportunidad en la realización de las campañas rebeldes de aniquilación.

En primer lugar, debe destacarse la relevancia inicial de la eliminación de las barreras legales anteriores. El derrumbe instantáneo de la capacidad coercitiva del Estado republicano implicó la desaparición de las leyes represivas y de las dinámicas de control policial existentes hasta el mismo 17 de julio de 1936; una situación que facilitaba la comisión de lo que hasta ese día habían sido considerados delitos punibles por el Código Penal reformado de 1870. El derrumbe del Estado actuaba como una oportunidad para que personas y grupos con armas pudieran ejercer la autoridad hasta entonces en manos exclusivas de un único gobierno.

En segundo lugar, en el mismo instante de la sublevación militar y las insurrecciones urbanas se inició en la zona rebelde —así como en el lado contrario— el despliegue de lo que podría denominarse una estrategia revolucionaria, es decir, un conjunto de iniciativas extendidas para la conquista del poder con la exclusión y reducción de los adversarios más señalados, esto es, jefes y oficiales del Ejército y cargos institucionales del régimen republicano, como gobernadores civiles, alcaldes y concejales, así como miembros de las gestoras provinciales. Esa estrategia constituye una maniobra habitual en todo inicio de situaciones revolucionarias en el territorio por controlar. Así ocurrió de manera inmediata tras la rebelión militar, con especial incidencia en la zona del norte de África, donde los militares rebeldes fusilaron a varias docenas de compañeros de armas para hacer irreversible su control del Protectorado¹⁰.

En tercer lugar, a pesar de los rumores y de la publicidad de la rebelión militar durante las semanas anteriores al 17 de julio, ésta produjo a la postre una enorme desorientación en sus protagonistas. Por ello, la rebelión militar introdujo tremendas dosis de incertidumbre sobre quiénes se sumarían a la acción de los rebeldes y quiénes apoyarían de manera activa al Gobierno. La violencia rebelde inicial se produjo en ese contexto, con el objeto de reducir la incertidumbre sobre la ubicación de los protagonistas: incertidumbre sobre la posición de

¹⁰ ESPINOSA MAESTRE, F.: «Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio», en CASANOVA, J., et al.: *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 62.

los oficiales y jefes del Ejército regular y de los policías no contactados por los rebeldes con anterioridad; incertidumbre sobre los «aliados» o «enemigos» civiles, cuya disposición podía entrañar un recurso tanto favorable como peligroso para los objetivos de la sublevación; pero, también, incertidumbre sobre qué harían los enemigos si se encontraran libres para actuar, si serían capaces de convocar, por ejemplo, la temida huelga general. De ahí que fuera coherente con esas apreciaciones la detención o pronto fusilamiento de los oficiales del ejército, los dirigentes políticos de la izquierda y de los sindicatos.

Una incertidumbre incrementada por el fracaso de la rebelión en cuanto a la imposible conquista inicial de Madrid y la percepción exagerada por parte de los rebeldes sobre el poder del Gobierno de la República para rematar la faena. La violencia significó, en ese sentido, un canal abierto de comunicación con el Gobierno de la República: había que demostrar a Madrid con rapidez que la actitud de los rebeldes era irreversible.

En definitiva, al detener, fusilar, intimidar... se delimitaban los campos de enfrentamiento, se establecían los argumentos de la rebelión, se amedrentaba a los potenciales enemigos y se encontraban aliados por la razón de la fuerza. La violencia de los primeros días representó una solución a la incertidumbre de los inicios.

En cuarto lugar, en las zonas conquistadas por los rebeldes se produjo de inmediato una polarización política e identitaria. Meses atrás, al menos desde las elecciones de febrero, se había pasado de la fragmentación-polarización de los bloques y de la dinámica mayoría-oposición parlamentaria a una convergencia posterior por la incorporación al régimen republicano de sectores más moderados e incluso católicos, en el contexto de la desintegración de la CEDA. En la semana posterior al 17 de julio, en virtud del poder de las armas, de la incertidumbre por el resultado del enfrentamiento y de los objetivos de las nuevas autoridades militares, resurgió la polarización entre partidarios de la rebelión y los no partidarios, con la marginación de las posiciones moderadas.

La polarización se intensificó cuando los rebeldes prescindieron de la retórica republicana y adoptaron el lenguaje de cruzada religiosa y se arroparon con la bandera rojigualda. La identidad católica se convirtió en la más extendida y compartida, al cooptar en la práctica la identidad nacional impulsada por falangistas, alfonsinos y militares. La polarización se hizo muy visible en la vida cotidiana y en los actos

oficiales, casi siempre con presencia de buena parte de la población. Una hipotética posición moderada, equidistante de los dos bandos en lucha perdió su lógica política, se convirtió en peligrosa para la supervivencia individual y, por tanto, quedó estrangulada¹¹.

Esa polarización no se identificó necesaria y directamente con la violencia a gran escala. No fue su razón de ser u origen. La polarización se había producido ya, por ejemplo, en algunas semanas de 1936, pero su activación puede considerarse el marco necesario para que algunos de los protagonistas promuevan el ejercicio de la violencia colectiva y ésta se convierta en algo más peligrosa por sumarse al aprovechamiento de una gran oportunidad: el derrumbe del Estado y la distribución y el uso legítimo de las armas para vencer a los enemigos. La polarización por lo general facilita la violencia colectiva porque visibiliza con mayor nitidez la separación política entre grupos, inutiliza o incorpora al bando vencedor a los hasta entonces no comprometidos y crea oportunidades a los dirigentes políticos para tomar iniciativas más extremas contra sus enemigos¹².

En quinto lugar, el aumento de la competencia política en cada uno de los bandos, debido a la apertura de procesos de conquista y reordenación del Estado, elevó la amenaza o el uso de las armas en retaguardia a la categoría de recurso en la disputa política con los potenciales competidores. En la búsqueda del reconocimiento del derecho al control exclusivo de un territorio y una población, matar se convirtió en poder. Falangistas, carlistas, albiñanistas, guardias civiles y oficiales del Ejército regular compitieron entre sí en las detenciones y ejecuciones de los individuos considerados enemigos¹³.

Matar, además, formaba parte de la subversión en ciernes en el bando rebelde, como un elemento más de la drástica transformación política respecto de la República. La sangre vertida del enemigo cons-

¹¹ Ejemplos de clima popular de polarización y exaltación del mando, en MORENO GÓMEZ, F.: *La guerra civil en Córdoba...*, op. cit., p. 307; y VINCENT, M.: *Catholicism in the Second Spanish Republic. Religion and Politics in Salamanca, 1930-1936*, Oxford, Clarendon Press, 1996, pp. 246-257. La identidad católica durante los primeros meses de la guerra, en CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 300-312.

¹² TILLY, Ch.: *The Politics of collective Violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 21-22.

¹³ CABANELLAS, G.: *La guerra de los mil días*, 2 vols., México, Grijalbo, 1973; GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2005; GRANDÍO, E.: *Anos de odio...*, op. cit., pp. 159 y ss.

tituía un símbolo de un régimen por construir que se pretendía radicalmente distinto, un detalle muy lejano a un simple cambio de gobierno, de mayoría parlamentaria o de legislación.

Las campañas de aniquilación se realizaron al unísono del despliegue de una gran movilización política de cada grupo competidor en el bando rebelde. La movilización, en forma de desfiles, procesiones, entierros, concentraciones, mítines, etcétera, se convirtió, además, en una gran oportunidad para la limpieza política, al activar la identidad propia y elevar la consideración negativa del enemigo. El éxito de la movilización acrecentó el compromiso y la respetabilidad de la causa por la que morían y mataban. De esa manera, la movilización reducía el coste de matar. Dejemos que se complete el párrafo iniciado con la frase anterior de Moreno Gómez sobre la experiencia cordobesa:

«El clima de exaltación de los sublevados en Córdoba llegaba al paroxismo. Los himnos y manifestaciones “patrióticas” eran espectáculo diario en las avenidas de la capital, que al anochecer resucitaba de su sopor veraniego y se animaba con las interpretaciones de la Banda de Música y su mejor repertorio militar y falangista, para acabar cada madrugada con la conducción de varias decenas de infortunados en el “camión de la muerte” hasta las tapias de los cementerios»¹⁴.

Y de manera inversa, la limpieza política se convirtió en movilización al encumbrar a las milicias que la realizaron, debido al carácter de espectáculo público que adquirieron las ejecuciones, como las celebradas en las plazas mayores de las ciudades durante el Antiguo Régimen. Con su asistencia ahora, como entonces, la población asistente reconocía el papel de autoridad de los jueces y verdugos, certificaba como positiva la limpieza política y simbolizaba con su presentación en el lugar la unión de autoridades y pueblo en la búsqueda de la victoria sobre el enemigo. Pero, sobre todo, la presencia de la población resultaba ser una iniciativa con el objetivo de asegurar la supervivencia colectiva: una actitud de aquiescencia e, incluso, de entusiasmo, reducía las sospechas de disentimiento de la población, una percepción siempre disponible y rauda a relucir por los partidos, milicias, policías y militares rebeldes¹⁵.

¹⁴ MORENO GÓMEZ, F.: *La guerra civil en Córdoba...*, op. cit., p. 307.

¹⁵ Los espectáculos públicos de represión, en *El Norte de Castilla*, 25 de septiembre de 1936; FRASER, R.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Barcelona, Crítica, 2007,

En sexto lugar, la violencia colectiva en forma de limpieza política pudo realizarse a partir de la dispersión o descoordinación entre los principales dirigentes políticos y militares que actuaron de una manera autónoma y exclusiva en el territorio bajo su control al menos durante casi todo el año 1936. Esa descoordinación en la cumbre del poder político facilitó la actuación de todo tipo de agentes de la limpieza política sin un control central efectivo permanente. La dispersión, además, aumentó la incertidumbre, la polarización y la competencia política que, como se observó con anterioridad, proporcionaron oportunidades para llevar a cabo las campañas. Dionisio Ridruejo dio su parecer respecto a lo sucedido:

«Para la represión informal o espontánea, entraron en trágico concurso todas las milicias, las fuerzas de seguridad y los partidos de ocasión, bajo la tutela de autoridades aquiescentes o inspiradoras y con la instigación y denuncia de sanedrines reaccionarios y cacicatos rurales. Pasados los primeros meses, el Ejército tomó el control exclusivo de ella, formalizándola a través de los consejos de guerra, salvo cuando la ejecutaban directamente las fuerzas de ocupación»¹⁶.

Pero en ocasiones, las mismas autoridades formales no tenían capacidades suficientes en todos los lugares para imponer sus propios criterios:

«Muchas veces, las ejecuciones se llevaban a cabo contra las órdenes expresas de las autoridades, impotentes para contener la ola de crímenes... El Gobernador Civil de Valladolid —ahora se trata de ley “nacional”, claro está— resulta impotente para contener el reinado del terror»¹⁷.

En séptimo lugar, el derrumbe del Estado, la competencia política, la polarización y las actividades armadas en el frente encumbraron

pp. 226-227; GRAHAM, H.: *The Spanish Republic at War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002 [traducción castellana, 2006], pp. 117-118.

¹⁶ RIDRUEJO, D.: *Escrito en España*, Madrid, G. del Toro Editor, 1976, p. 120. Abundan en la autoría dispersa de la limpieza política: CABANELLAS, G.: *La guerra de...*, op. cit., vol. 2, pp. 846-861; ORTIZ VILLALBA, J.: *Sevilla, 1936: del golpe militar a la guerra civil*, Córdoba, Vistalegre, 1998, p. 148; HERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *La represión en La Rioja durante la guerra civil*, 3 vols., Logroño, Ingrabel, 1984, p. 26; GRANDÍO, E.: *Años de odio...*, op. cit., p. 160.

¹⁷ CABANELLAS, G.: *La guerra de...*, op. cit., p. 858.

a los especialistas en el ejercicio de la violencia, en esencia, oficiales del Ejército regular, guardias civiles, guardias cívicas, bandas y milicias de partido. Su protagonismo y extensión fueron importantes por el reparto generalizado de armas desde los primeros días de la rebelión y la organización del esfuerzo militar. La entrega de armas fue relativamente selectiva ya que, por la polarización existente, se cerró el acceso a las armas a otros grupos y personas que no contaron con la confianza inicial de las autoridades militares o de los grupos armados.

La entrega de armas, además, supuso una certificación para su uso discrecional por parte de las autoridades militares:

«Los jefes provinciales de Falange tenían facultades para disponer fusilamientos, con carácter de autoridad suprema, juzgando por sí y ante sí la responsabilidad de cada uno. En competencia con las milicias políticas, fuerzas militarizadas se dedicaban también a cometer crímenes con la máxima impunidad»¹⁸.

De esa manera, las funciones policiales que, en una situación no bélica, se encuentran muy reguladas por leyes y técnicas y supervisadas por mandos centralizados, en un semi-Estado como el rebelde del verano y el otoño de 1936 se encontraron dispersas en multitud de grupos armados, autónomos entre sí y con jefes que competían entre sí por el control del territorio o por actuar en la dirección de la victoria militar sobre el enemigo. Con todas estas condiciones, la proliferación de armas y de grupos armados facilitó la inflación asesina en el bando rebelde.

En último lugar, esta extensión de armas y grupos armados facilitó la limpieza política en todo tipo de núcleos de población: en pequeñas y medianas ciudades, así como en pueblos de reducidas dimensiones. En ellos, los enfrentamientos políticos ocasionados por la rebelión militar del 17 de julio a escala nacional se convirtieron en enfrentamientos a escala local, de barrio, etcétera. Las transformaciones políticas operadas en una dimensión amplia afectaron a las relaciones sociales locales, de carácter vecinal y familiar. Parte de la población en las zonas controladas por los rebeldes entendió que era el momento de cambiar los términos de las relaciones instituidos durante los últimos años o meses, en pleno régimen republicano. La

¹⁸ *Ibid.*, p. 853.

nueva situación bélica era propicia para cambiar las posiciones sociales de estatus, influencia y dominación, alteradas por los cambios y enfrentamientos republicanos.

«La mirada que acusa, el dedo que denuncia y la mano que apunta los nombres en la lista estaban dentro de los pueblos», señala Carlos Gil Andrés, para afirmar que los participantes necesarios de la limpieza política fueron vecinos¹⁹. Vecinos que, hasta entonces, habían sobrellevado sus relaciones sin ejercer violencia de forma tan generalizada pero que, a partir de la rebelión militar y el inicio de la guerra, encontraron una oportunidad para dirimir los conflictos sociales de manera violenta. Sus diferencias, quizá, no eran políticas ni pertenecían a partidos o bandos distintos: el conflicto que mantenían era de posición social, de estatus, reformulado por la aplicación de la reforma agraria, las huelgas y los jurados mixtos, la política local desde el Ayuntamiento, los ascensos profesionales por designación, etcétera²⁰.

Ocurrió de forma similar en 1931, tras la proclamación de la Segunda República; otra vez, después de la huelga general de octubre de 1934; y, finalmente, durante la primavera de 1936, con el triunfo de la coalición de izquierda en las elecciones de febrero. En todas estas ocasiones, los cambios de régimen, de gobierno y los enfrentamientos políticos a escala nacional se trasladaron al ámbito local en forma de conflicto y, a veces, de violencia individual y colectiva. Pero en todas aquellas ocasiones, en una dimensión mucho menor que la de la experiencia vivida del verano y otoño de 1936, cuando el derrumbe del Estado y la proliferación de armas y grupos armados hicieron posible que los enfrentamientos por la posición social entre vecinos se mancharan de sangre a borbotones.

Variables relacionadas con la consideración del enemigo

La guerra iniciada en la última semana de julio de 1936 en los frentes se extendió a la retaguardia. En ella se activó una especie de síndrome de la «quinta columna», por el que resultaba peligroso convivir con toda persona que no se adhiriera a los rebeldes y colaborara con ellos. Surgió entonces un proceso de identificación de todas esas

¹⁹ GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente...*, op. cit., p. 183.

²⁰ GOULD, R. V.: *Collision of Wills. How Ambiguity about Social Rank Breeds Conflict*, Chicago, The University of Chicago Press, 2003, pp. 157-164.

personas, consideradas de manera individual, por acciones o creencias reveladas, o por su pertenencia conocida a agrupaciones políticas o sindicales. Esa identificación se realizó desde tres posibles perspectivas, según se orientaran al pasado, al presente o al futuro²¹.

Se identificó a los enemigos bajo una perspectiva orientada al pasado, al otorgar prioridad al «ajuste de cuentas» respecto de los enfrentamientos anteriores. Entre ellos cabe destacar las insurrecciones anarquistas de 1932 y 1933, la huelga general y las insurrecciones de octubre de 1934 y los enfrentamientos de la primavera de 1936. Ajuste de cuentas que también fue respuesta a las disputas por la alteración de la posición social en la vecindad y el trabajo, así como por la competencia sindical anterior, de la que fue una muestra la violencia cometida por «los camisas nuevas» —muchos de ellos, antiguos anarcosindicalistas— de Falange Española contra miembros de la UGT.

Se identificó a los enemigos, además, con una perspectiva orientada al presente, cuando se recibieron rumores y noticias del comportamiento belicoso del enemigo, al organizar columnas de civiles —militianos— para participar en la guerra como soldados, al detener y asesinar a sus camaradas en la otra zona y al lanzar bombas sobre las ciudades controladas por los rebeldes.

Esta orientación se completó con el convencimiento de la existencia de un aliado exterior del enemigo muy poderoso: la Unión Soviética. Una consideración que se produjo, incluso, con anterioridad a la entrega de ayuda armamentística al Gobierno republicano por parte de ese país en octubre de 1936. Tal convencimiento se extendió a través de la prensa publicada en la zona rebelde, y la idea de la participación soviética llegó a ser tan difundida que se identificó al enemigo como extranjero, no español, al ser dirigido desde la Rusia soviética.

Se identificó a los enemigos, por último, con una perspectiva orientada al futuro, al entender que, con la perpetración de la limpieza política, los rebeldes se anticipaban e impedían la realización de una revolución comunista futura si el enemigo triunfaba. En los primeros meses de la guerra se publicaron en la prensa y en libros de la zona rebelde supuestos informes sobre la preparación de una revolu-

²¹ Aunque no se utiliza la misma argumentación, las tres perspectivas se encuentran presentes en el libro de SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007.

ción comunista, a la que de hecho se anticiparon los militares sublevados. Entonces, su consecución era más que cierta si la guerra terminaba con el triunfo del enemigo.

Cada una de estas perspectivas de orientación en la identificación del enemigo apareció de manera diferente en cada territorio, en cada agrupación, en cada familia, en cada persona²². Pudo abrazarse una de ellas, pero no la misma en todas las comunidades. Así se explicaría, por ejemplo, que en algunos lugares no existiera una limpieza proporcional a la magnitud de los enfrentamientos durante el régimen republicano. En otras zonas, como La Rioja, las campañas de aniquilación se cebaron en los protagonistas de la insurrección de diciembre de 1933. Una orientación hacia el presente pudo ser la fundamental, por ejemplo, en Huelva, donde no existió ninguna relación entre los escasos asesinatos cometidos por los defensores de la República en las primeras semanas y las decenas de ellos perpetrados por los rebeldes al conquistar la provincia²³.

Una perspectiva orientada hacia el futuro pudo extenderse sobre todo entre los jefes militares y dirigentes políticos, quienes miraron más allá de las contingencias de la guerra, ocupándose ya desde el principio de eliminar toda rebeldía futura. A esta posibilidad se refiere Michael Richards al afirmar:

«La represión fue intencionalmente exhaustiva, no con miras a la seguridad presente, sino destinada a retirar para el futuro todo obstáculo probable, toda veleid de oposición, todo rebrote de las fuerzas o significaciones condenadas»²⁴.

Cuando en algunos lugares pudieron unirse las perspectivas orientadas hacia el pasado, el presente y el futuro, a cargo de diferentes grupos, el enemigo identificado de esa manera resultó ser dema-

²² Una visión general y completa de las razones de las campañas, en LEDESMA, J. L.: «La “santa ira popular” del 36: la violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política», en MUÑOZ, J. L.; LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J. (coords.): *Culturas y políticas de la violencia en la España del siglo XX*, Madrid, Editorial Siete Mares, 2005, pp. 147-192.

²³ La Rioja, en GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente...*, op. cit., p. 182; y HERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *La represión en La Rioja...*, op. cit., pp. 9 y 11. Huelva, en ESPINOSA MAESTRE, F.: «Julio de 1936...», op. cit., p. 55.

²⁴ RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999 [1998], p. 31.

siado culpable y peligroso para dejarlo suelto por la calle; se apilaban muchos argumentos para su aniquilación. De ahí las campañas realizadas por los rebeldes.

Conclusiones

Puede llegarse a una primera conclusión: las campañas de aniquilación del enemigo no han sido nunca necesarias o imprescindibles para la victoria de un ejército en una guerra. Sin duda, en el caso español, pudieron haber sido sustituidas por la combinación de detenciones masivas, algunos asesinatos y la utilización permanente de la amenaza de fuerza. En este texto no se defiende un enfoque idealista o estructural de la violencia, al no fiar la argumentación sobre todo en las intenciones previas o en la ideología de los agentes de la limpieza política. En su lugar, las campañas de aniquilación se produjeron por la creación de una serie de oportunidades y procesos acaecidos en el mismo verano y otoño de 1936.

Lejos de ser producto esencial de una planificación realizada de antemano y perpetrada por agentes especialmente predispuestos a matar de manera masiva, la limpieza política fue un proceso improvisado de carácter político y cultural. Lo que en realidad influyó en las decisiones para matar de forma generalizada fue la eliminación de los resortes de la ley republicana al derrumbarse el Estado en los territorios conquistados por los rebeldes en una secuencia revolucionaria iniciada el 17 de julio, primero a partir de una rebelión militar y, poco después, del desencadenamiento de una guerra.

En ese contexto revolucionario se generaron procesos de incertidumbre, polarización, competencia y movilización políticas, así como de dispersión o descoordinación del poder que alimentaron la posibilidad de políticas crueles, represalias, ajustes de cuentas, represiones ejemplares y masacres. Cuando cada uno de los poderes fragmentados intervenía de forma protagonista en el proceso político existente en el bando rebelde, matando, producía la impresión de una intervención irreversible, con independencia del resultado conseguido para lograr la victoria en la guerra.

En ese contexto revolucionario y bélico debe incluirse un proceso de carácter cultural consistente en la identificación del enemigo desde una triple perspectiva, según su orientación fuera hacia el

pasado, el presente o el futuro. El alcance y la extensión de la limpieza política pudo relacionarse con la percepción de agravios pasados, de agresiones presentes y de peligros futuros. Aunque esa identificación tripartita del enemigo no se produjo en todos los lugares ni entre todos los grupos, al activarse las perspectivas de manera aislada, compartida o a la vez, erigieron argumentos con los que aniquilar a la población no adherida de manera activa a los rebeldes, en forma de campañas.